



Intelectuales

Yo pensaba que los intelectuales no tenían que ser necesariamente lustrosos señores de gafas de concha, aspecto desaliñado y café sin azúcar a todas horas. Creía que tampoco tenían que ajustarse al estereotipo del malditismo, esto es, beber como cosacos, fumar como carreteros o beber los vientos por un legionario con salero. Me resistía a admitir que también se les pudiera describir exclusivamente como mitómanos, psicovanguardistas o ultracríticos. Me sorprendía cuando en el cenit de las etiquetas se les tachaba de exhibicionistas, trepadores y egocéntricos. Estaba casi seguro de que un intelectual era o podía ser una persona de amplia cultura con amplia facilidad para transmitirla, amplio espíritu crítico y amplio nivel de tolerancia hacia otros puntos de vista. Cuando he tenido la ocasión de conocer a cierto sector de la intelectualidad toledana me he dado cuenta de que algunas de las leyendas negras están plenamente justificadas, es más, la atmósfera que se respira entre todo este grupillo pseudoartístico resulta auténticamente sofocante. El mero hecho de pensar en este coro de pontífices, tenores desafinados y arribistas del mazapán incita a una sola cosa: preparar la pistola y escribirle una carta al juez.

Para inclinarse hacia esta opinión basta con frecuentar los cenáculos que rodean las entregas de premios locales o contemplar la actitud que mantienen los viejos (y retrógrados) artistas hacia los nuevos valores que de vez en cuando intentan aparecer en el paisaje toledano. En el primer caso, los premiados siempre son machacados, vituperados y puestos bajo sospecha por haberse llevado el galardón. Algunas veces desde una postura supuestamente autosuficiente, otras desde el divismo más mediocre y desencajado, y en algunas otras resumiendo a la perfección todos los vicios del artista instalado en la Administración con más amigos que talento propio. En cualquiera de los casos, la coherencia que rezuman estas críticas es la misma que puede inspirar un camionero vestido de señora de la limpieza.

Las dificultades que tienen los nuevos valores para introducirse en la vida cultural toledana es otra de las cosas que claman al cielo y ponen de los nervios al más pintado. Es de dominio público que aquí existe (o vegeta) una curiosa elite que en un momento dado acuñó un nombre y que cuenta con el beneplácito de los que temporalmente ocupan las instituciones. Alguno de ellos sí posee cierta categoría artística, pero la inmensa mayoría producen una brutal indiferencia, por mucho que sepan medrar bien y trepar mejor. No tengo ninguna pretensión de ser irrefutable, pero si a alguien le quedan dudas a este respecto, que pregunte entre algunos alumnos que han salido de la Escuela de Artes y Oficios. En ocasiones el arte se convierte en un rentable funcionariado por el que hay que luchar de las más diversas maneras para no perder privilegios. Puede ser suficiente llevarse bien con la concejala de turno, o dárselas de «enteradillo» con algún pez relativamente gordo de alguna entidad financiera. El caso es que determinados ambientes culturales toledanos producen verdaderas náuseas. Sobran los genios de tres de la tarde en adelante y falta gente cuya obra sea más importante que sus habilidades sociales. Lo peor no es aguantarles como artistas, sino como intelectuales. Si quieren que tomen el arte; pero que dejen la parte.



○ Juan Perro y Kiko Veneno arrasaron

Juan Perro (Santiago Auserón) y Kiko Veneno dejaron constancia de su prodigioso talento durante el concierto que brindaron en la Caja Rural. La organización tuvo que colgar el cartel de «No hay billetes» en una jornada donde muchos socialistas comparecieron en la sala ataviados con su cazadora de los domingos. Lo dicho, un éxito de grandes dimensiones.

